

Yoringa y Yoringuel

Autor : Hermanos Grimm

Erase una vez un viejo castillo que estaba situado en un inmenso y espeso bosque. Vivía en él, completamente sola, una vieja bruja. De día tenía la figura de una lechuza o de un gato, pero por la noche volvía a recuperar su forma humana. Todo el que se acercaba a cien pasos del castillo quedaba detenido, sin poder moverse del lugar hasta el día en que ella se lo permitía. Y siempre que entraba en aquel pequeño círculo una doncella, la bruja la convertía en pájaro, la metía en una cesta y la guardaba en una de las salas del castillo. Así había llegado a tener unas siete mil cestas de esta clase.

Yorinda, la más bella doncella de aquellos contornos, era novia de un doncel, también muy apuesto, que tenía nombre Yoringuel. Para poder hablar a solas, se fueron un día a pasear al bosque.

-¡Guárdate bien! -dijo Yoringuel -de acercarte demasiado al castillo.

Atardecía..., de pronto, Yorinda empezó a llorar, se sentó al sol y vio como Yoringuel también lloraba. Los dos se sentían extrañamente angustiados, como si presintieran la proximidad de la muerte. El sol se ocultaba; sólo la mitad de su disco sobresalía de la cima de la montaña cuando Yoringuel, aterrorizado sintió una angustia de muerte, mientras Yorinda cantaba:

"Mi pajarillo del rojo anillo, canta tristeza, tristeza, tristeza. Canta la

muerte a su pinchoncillo. Canta tristeza. ¡Titi, titi, tiri!"

Yoringuel se volvió a mirar a Yorinda. La doncella se había convertido en un ruiseñor y cantaba: "Tiri, tiri".

Una lechuza de ojos rojos pasó tres veces volando sobre sus cabezas, gritando cada vez: "Chu, chu, ju,ju". Yoringuel se sentía como petrificado, sin poder llorar, ni hablar, ni mover manos ni pies.

El sol acabó de esconderse, la lechuza volvió a su arbusto, e inmediatamente salió de entre el follaje una vieja encorvada, flaca y macilenta, de grandes ojos encarnados y corva nariz que casi tocaba la puntiaguda barbilla. Refunfuñando, cogió al ruiseñor y se lo llevó. Yoringuel no podía pronunciar ni una palabra, ni moverse del lugar en que estaba fijo. El ruiseñor había desaparecido. Por fin volvió la bruja y, con voz sorda, dijo:

-¡Hola, Zaquiél! Cuando brille la luna en su cestita, desátalo, Zaquiél.

Y Yoringuel quedó desencantado. Se puso a los pies de la vieja pidiéndola que le devolviese a Yorinda. Pero ella le respondió que jamás volvería a verla, y se desapareció. El mozo lloró, clamó y se lamentó, pero todo fue en vano. ¿Qué será de mí?, se decía.

Anduvo a la aventura y al fin llegó a un pueblo desconocido, en el que vivió durante mucho tiempo, trabajando como pastor de ovejas. Muchas veces iba a merodear por los alrededores del castillo, pero sin aventurarse nunca a acercarse demasiado. Una noche soñó que encontraba una flor roja como la sangre. Arrancó la flor y se dirigió con ella hacia el castillo. Todo lo que tocaba con la flor quedaba al momento desencantado; al fin recuperara a su Yorinda.

Al levantarse por la mañana se puso a buscar por montes y valles la flor hasta que la encontró. La cortó y se la llevó al castillo. Cuando ya estaba a cien pasos del viejo caserón no se quedó petrificado como temía, sino que pudo continuar hasta la puerta. Muy contento, tocó la flor la verja y ésta se abrió sin dificultad. Al entrar en la sala de las cestas vio como la bruja daba de comer a sus siete mil pájaros.

Al ver la vieja a Yoringuel, se encolerizó terriblemente, y se puso a insultarle y a maldecirle; pero no podía acercarsele. El, sin hacerle caso, se dirigió a las cestas que contenían los pájaros. Pero entre tantos centenares de ruiseñores, ¿cómo iba a reconocer a su Yorinda? Mientras seguía buscando, observó que la vieja se llevaba disimuladamente una cesta, y con ella se encaminaba a la puerta. Precipitándose sobre la bruja, tocó con la flor la cesta y al mismo tiempo a la mujer, la cual perdió en el acto todo su poder de brujería, mientras aparecía Yorinda, tan hermosa como antes. Yoringuel la apretó tiernamente contra su corazón.

Después fueron tocando con la flor cada una de las cestitas, liberando a todas las doncellas que la bruja había convertido en ruiseñores.

De la mano, Yorinda y Yoringuel dejaron el castillo y regresaron a su aldea. Luego se casaron y vivieron felices muchos años.

Fin

www.cuentosinfantilesadormir.com